

La investigación científica en España y su sintomatología



Emilio Muñoz
Instituto de Filosofía del
CSIC Cátedra Ética



Una reflexión analítica, por coyuntural que sea, sobre la situación de la investigación científica en España reclama alguna referencia retrospectiva. Para conocer dónde estamos hay que saber de dónde venimos.

Es bien conocido que España no ha contado mucho en el concierto mundial de los avances científicos tecnológicos, aunque no ha dejado de haber importantes contribuciones, tanto en el ámbito de la producción de conocimiento como en el de sus aplicaciones. Es verdad que, como señalan los historiadores de la ciencia y la tecnología: –Pedro Laín Entralgo, José María López Piñero, José Manuel Sánchez Ron–, España no ha disfrutado de un siglo de oro científico y tecnológico, pero si ha tenido un medio siglo de plata en el que emergieron figuras señeras en la ciencia como Santiago Ramón y Cajal, Nicolás Cabrera, Eduardo Moles, y en el campo tecnológico con los ejemplos de Leonardo Torres Quevedo, Juan de la Cierva, Narciso Monturiol. En ese brillante periodo aflora una relevante institución como la JAE, Junta de Ampliación de Estudios (véase a este res-

pecto el libro *Tiempos de Investigación, JAE –CSIC cien años de ciencia en España*, recientemente editado por el CSIC).

Es también notorio que la ruptura dramática provocada por la Guerra Civil, supuso la entrada en un periodo oscuro en el que, sin embargo, alguna institución como el CSIC con su pecado de origen, y las personas que se habían beneficiado de las políticas e iniciativas de la JAE fueron roturando algunas sendas para que se volviera a sembrar en el yermo campo de la investigación científica española.

El reconocimiento del fracaso económico de las políticas autárquicas llevó a que la tecnocracia de los gobiernos franquistas apostara por el desarrollo científico y tecnológico utilizando como instrumento para salir de la crisis, inspirándose en el modelo francés, la fórmula de los Planes de Desarrollo.

Sin embargo, la crisis económica era profunda lo que dificultó el seguimiento de esa senda en la transición democrática. Como el Presidente de la Generalitat Catalana, Jordi Pujol, ha declarado repetidamente la

"apuesta por la ciencia y la tecnología no tocaba en aquellos momentos de la Transición". Tras un primer e importante esfuerzo de reactivación derivado de la creación del Ministerio de Universidades e Investigación todavía con el Gobierno de UCD, fue la llegada del primer Gobierno del PSOE el dato político que marca el punto de inflexión en la promoción de la ciencia, como creo que la gran mayoría de los investigadores y académicos españoles reconoce.

El problema es que las trayectorias seguidas no sólo no han sido ascendentes o progresivas, sino en algunos momentos regresivas. Estas regresiones han servido para poner de relieve un problema endémico de las apuestas españolas por la ciencia y la tecnología. Estas apuestas sólo parecen tener lugar en periodos de bonanza económica, lo que, en román paladino, quiere decir que no "se cree en el valor dinamizador de la ciencia"; sino que se le considera, como mucho, un bien cultural. El esfuerzo económico para su desarrollo se estima que es un gasto, no una inversión.

El compromiso del Gobierno presidido por Rodríguez Zapatero por incrementar los recursos económi-

El esfuerzo económico para el desarrollo de la ciencia en España tiende a considerarse como un gasto más propio de períodos de bonanza, que como una inversión a medio plazo

cos destinados a la inversión en ciencia y tecnología, unido al esfuerzo que vienen realizando las Comunidades Autónomas, nos sitúan en un periodo de bonanza económica. Pero, paradójicamente, esa situación ha servido para poner de relieve algunas patologías existentes en el espacio que debe contribuir al desarrollo científico y tecnológico español con el fin de ocupar una posición concordante con el nivel económico del país en el concierto económico mundial.

Es verdad que los indicadores tradicionales revelan datos positivos, como pone en evidencia el importante capítulo analítico que se incluye en los documentos que se vienen elaborando para la gestación del Plan Nacional de I+D+i 2008-2011. Desgraciadamente, en la mayoría de esos datos positivos hay señales de disfunciones. Valgan algunas muestras para apoyar este diagnóstico.

El aumento del gasto (o inversión como me gustaría que se identificara) se concentra por su parte en el sec-

tor público, y este aumento se traduce en reducción en porcentaje de la contribución privada. No obstante, la empresa ejecuta la mayor proporción de los recursos económicos lo que quiere decir que se beneficia de la inversión pública sin la necesaria correspondencia por su parte.

Los esfuerzos de las Comunidades Autónomas son importantes pero muy dispares, sin aparente esfuerzo de coordinación con la Administración General del Estado ni, por supuesto, entre ellas.

El aumento de los recursos y de las administraciones implicadas redundan en un acumulo de convocatorias que incide negativamente sobre la dinámica investigadora.

El incremento en la producción científica no se corresponde con la mayor relevancia del conocimiento generado.

Hay más empresas innovadoras pero, de modo preocupante por lo que significa de alejamiento de las nuevas tecnologías, el 40% de esas empresas se concentran en los sectores de la construcción y del comercio y otro 20% en el sector servicios.

La inflexibilidad burocrática para la gestión de los recursos económicos y humanos hace imposible cualquier esfuerzo de internacionalización de la actividad científica en España.

Todos estos síntomas, amén de otros, revelan que en el espacio español de la ciencia y la tecnología no sólo el rey está

desnudo sin saberlo, sino que hay muchos súbditos que andan con idéntica penuria en la vestimenta.

Me consta que hay esfuerzos de los actuales responsables de la política científica para afrontar la corrección de estas disfunciones. Pero una pregunta básica para prever el futuro de esta opción reformista es si se cuenta o se va a contar para llevarla a acabo con el suficiente apoyo de "hombros de gigante", parafraseando así al gran Newton cuando reconocía la base de sus éxitos científicos.

Paradójicamente, en esta sociedad globalizada que fomenta el individualismo y aparta toda referencia al nosotros, el ámbito de la ciencia y la tecnología sigue valorando la cooperación y la colaboración entre los actores para su eficiente desarrollo. Por ello, vuelvo a reclamar la necesidad de un pacto social para que la investigación científica y técnica despegue en España, como ya he apuntado en ocasiones anteriores en las páginas de esta revista. **TEMAS**